

Los que vuelven

Manuel Campa

Con la llegada del verano regresan muchos de los asturianos que residen fuera. De los más jóvenes resulta un poco fuerte decir que son emigrantes. El perfil del asturiano que vive fuera ha cambiado tanto que cuesta identificar con el mismo apelativo a generaciones bien diferentes. Pero en modo alguno puede decirse de los nuevos asturianos que no sientan una gran vinculación con la tierrina de origen. Viven esa relación de un modo distinto a las generaciones anteriores. Pero cultivan sus raíces culturales. Por ejemplo, está muy justificada la celebración desbordante que los jóvenes asturianos –de dentro y de fuera- hacen de las victorias de Fernando Alonso: por fin tenemos alguien que hace propaganda de Asturias sin sangrarla, sin que nos cueste nada. Ciertamente que hay también algunos asturianos –muy pocos- que no se sienten vinculados a ningún lugar especialmente, que, incluso, cambian, en su biografía, el lugar de nacimiento, que tienen como patria el mundo, o el cielo –como Anaxágoras-. Estos raros paisanos nuestros son cosmopolitas, los más eminentes, o mercenarios, que es la forma más vil de no tener raíces culturales.

La vinculación con la tierra de origen, cuando es excesiva y se vive de un modo excluyente se convierte en una interminable fuente de conflictos desintegradores, cuando se manifiesta en forma de egoísmos nacionalistas desmedidos, lo que constituye uno de los problemas más graves de nuestro tiempo. Ciertamente que los asturianos vivimos este tema, históricamente, de un modo integrador: nos sentimos, muy mayoritariamente, españoles, pero, no menos, asturianos. No somos anti-nada. Tal vez por esto en parte, somos aceptados muy bien por otros pueblos. Ahora que los grupos de gaitas asturianos salen con frecuencia de la región, es del mayor interés observar, cuando desfilan, las reacciones de las personas que contemplan el paso de nuestros grupos folklóricos tras la bandera de Asturias. En general, las reacciones son muy favorables, siendo muy excepcional algún gesto de desagrado. Que no seamos nacionalistas, mayoritariamente, en modo alguno resta amor a la tierra. Valentín Andrés recuerda cómo Pedro Menéndez de Avilés, el conquistador de la Florida, muere en España, mientras los más grandes conquistadores extremeños, como Hernán Cortés y Pizarro, mueren en América. El destino del asturiano es intentar volver a la pequeña patria –“volver a Itaca es tu destino”, según Kavafis-. Puede volver con posibles o puede volver sin nada; en ambos casos merece el mismo respeto. Antaño, antes de la llegada de la televisión-, como en los pequeños pueblos no había otro entretenimiento que tomarse el pelo unos a otros, al que volvía pobre lo llamaban “americano del pote”, y al que regresaba rico, aunque hubiera hecho la escuela del pueblo, se le ridiculizaba su falta de cultura o de buen gusto. La magnífica arquitectura de las casas de indios nos revela que aquellas críticas estéticas eran, muchas veces, injustas. La ingente contribución de los indios empezó a valorarse cabalmente cuando dejaron de llegar los giros de América. Las burlas al indio sin plata cesaron cuando regresó al oriente Isaac Garavito, cantado por Celso Amieva, que siendo “indio pobre le importó una papa”.

Ahora, en estos días, llegan a Asturias de descanso los viejos emigrantes y los jóvenes residentes fuera. Traen algo tan importante como las divisas que aportaron en el pasado, desde América y desde Europa: sus críticas y juicios sobre Asturias desde una perspectiva que supera la más cercana, donde los árboles no dejan ver el bosque. Los asturianos que llegan de fuera rectifican, de inmediato, los falsos prestigios que –nadie sabe cómo- se fueron formando aquí; nos ayudarán a superar los localismos; detectarán

y pincharán cualquier forma de grandonismo –“se prohíbe ser grandones”, escribió un sabio llagarero-; empequeñecerán a quienes creen morir de éxito y no son más que modestos provincianos; ridiculizarán a los snobs que desprecian todo lo asturiano; criticarán a los asturianos que viven de espaldas al mundo, “como maíces mal plantaos”; nos incitarán a que continuemos mejorando nuestras comunicaciones y a que seamos más solidarios con los que regresan pobres. En suma, los asturianos de fuera, que vuelven a su tierrina con el verano, nos ayudarán a abrir las ventanas de par en par, para que el aire libre entre aquí, asgaya, por las montañas y el mar.